

tumbas del invencible Godofre de Bullon y del valiente rey Balduino fueron arrasadas tambien; y la bella iglesia que edificara santa Helena volvió á renovarse, pero sin aquella hermosura que la hacia célebre entre las mas suntuosas catedrales del catolicismo.

La guardia turca fué lo primero que se me presentó al entrar: el divan de los soldados está en el interior del templo; en él comen, fuman y conversan, y su cabo cobra el derecho que han de pagar á la entrada todos los que no son Francos. Una ventanilla, cerrada con gruesa reja, es el único lugar que permanece siempre abierto para dar entrada á los artículos necesarios para la vida de los que moran dentro.

Los peregrinos católicos entran por primera vez acompañados de un religioso, y atravesando derecho la nave principal, van á arrodillarse en la capilla latina llamada de la Aparicion: allí esperan hasta las cuatro de la tarde, hora en que el toque de una pequeña campana anuncia que principia la visita de los Lugares santos; y en la inmensa basilica resuenan las armonías del coro de los monjes que cantan las Completas con majestuosa gravedad. Acabadas estas, se distribuyen cirios encendidos, y cantando los himnos mas elocuentes de la Iglesia, principia la tierna ceremonia por adorar postrados á Jesus, autor de la redencion humana y presente en el Divino Sacramento.

En esta capilla, al lado izquierdo del altar mayor, se venera una parte de la columna del Pretorio, á que fué atado Jesucristo durante su flagelacion por orden de Pilato, y en ella se hace la primera estacion.

Luego el canto melancólico de los sacerdotes anuncia que los peregrinos se dirigen á la prision donde fué encerrado, en oscura cárcel, y detenido con crueles ligaduras El que marchaba á libertar un mundo entero (1); y la procesion

(1) Lux mundi, lumen gentium,
In fedus datur populi;

desciende efectivamente á un lugar estrecho, donde se cree haber estado Jesucristo mientras se hacian los preparativos para su condenacion y ejecucion. Esta capilla perteneció á los Georgios, pero hoy la poseen los Griegos.

De allí se dirigen al lugar donde los soldados dividieron los vestidos ensangrentados del Salvador. José, sacado por sus hermanos de la cisterna, despojado de su túnica y condenado á morir, son las imágenes que en este momento representan al vivo esa parte de la historia de la Pasion.

La Invencion de la Cruz se ofrece inmediatamente, y en un profundo subterráneo, al que se baja por veinte y ocho gradadas, se visita el lugar donde la piadosa madre del emperador Constantino encontró el Árbol santo en que consumó el Redentor su sacrificio para rescatar á los hombres. Este lugar pertenece á los Latinos, y en él celebran misas los sacerdotes.

Saliendo de allí, se visita una capilla de los Griegos, dedicada á la misma santa Helena, y pocos pasos adelante se presenta con todos sus recuerdos dolorosos el lugar de los improperios. En un pequeño altar se mira un trozo de piedra oscura, en la que sentado Jesucristo, estuvo expuesto al escarnio y afrentas de los soldados; en ella sufrió la cruel coronacion de su cabeza con espinas, y vendados sus ojos, toleró á los que con bárbara irrision dándole bofetadas, le decian: « Dios te salve, Rey de los Judios. » Este santuario perteneció á los Abisinios, y hoy lo poseen tambien los Griegos.

Andando pocos pasos mas principia el Calvario, á cuya altura se sube por un doble escalon de mármol blanco que cuenta veintiuna gradadas. Mientras que las voces acordes de los monjes recordaban á los peregrinos á David y á los pro-

Ut lacu clausos extrahat,
¡Heu! prius hinc detruditur.
(Manuale.)

fetas, que anunciaron el sacrificio que ofreció el Cristo de sí mismo en aquel monte (1), yo leía en el *Manual* aquel pasaje del Evangelio: « Pilato lo entregó para que fuese crucificado, y ellos tomando á Jesus le sacaron fuera; y llevando su cruz á cuevas, salió para aquel lugar que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota. » ¡Qué impresiones tan profundas recibe el alma colocada en el mismo lugar que presencié ese terrible suceso!

Pronto estuvimos sobre la plataforma del Calvario, dividida hoy en dos capillas suntuosamente decoradas, y que se comunican por arcos: la del lado del medio (2) es el lugar donde Jesus fué enclavado en el madero de la cruz. ¡Jesus Cristo, Salvador y Maestro, subió aquí sobre el altar del sacrificio! El entendimiento se representa vivamente el espectáculo único que ofrece la crucifixion: ve la paciencia, la dulzura y el silencio de Jesucristo, entre el furor, la hipocresía y ceguedad de sus enemigos; ve al inocente perseguido, coronada con espinas su cabeza, horadados sus pies y manos, y próximo á espirar en el suplicio. La fe y el corazón: « Ese es tu Dios, » le dicen; ¿podréis quejaros cuando sin su inocencia sufráis persecuciones? « Ese es tu Dios, » que va á morir sumergido en un mar de penas; ¿juzgaréis insoportables las amarguras de la vida? El entendimiento se confunde, las tinieblas que cubrían la tierra cuando se ofreció este sacrificio le oscurecen.... « Ese es tu Dios » es la voz única que escucha para correr, como Moises, y adorar la majestad de ese Dios, no ya velada por resplandecientes llamas, sino con sangre y esputos asquerosos, con espinas y cruz ignominiosa. Este pensamiento creo

(1) Impleta sunt quæ concinit
David fideli carmine, etc.

Hoc Isaias dixerat
Corpus percutientibus, etc.

(Manuale.)

(2) Capilla de los Latinos.

que dominará á todos los cristianos en la imponente subida del Calvario. Yo ví á los concurrentes enmudecer; algunos de ellos jóvenes alegres, miembros de una legacion diplomática, y marinos otros que, sin ser católicos, quisieron asistir con estos á la procesion, no estaban ménos conmovidos.... Los monjes se postraron uniendo su rostro con la tierra; mientras dos de ellos, arrodillados, cantaron:

O Crux, ave, spes unica!
Hic Christi tendens brachia,
Auge piis justitiam,
Reisque dona veniam.

Se postraron estos luego tambien: un silencio profundo siguió al canto, y durante algunos minutos no se oyeron sino suspiros, gemidos y sollozos. Mas el sacrificio aun no concluye; la cruz fué elevada en lo mas alto del Calvario, y allá corre el cristiano para contemplar las postreras agonías del Hijo de Dios. Aquí perfeccionó el Salvador la obra de la redencion; el Sacerdote Sumo ofreció su vida, y el único Maestro del género humano dió las últimas lecciones. « Aquí clamando Jesus con grande voz, entregó su espíritu. El sol se oscureció, el velo del templo se dividió en dos partes, tembló la tierra, se hendieron las piedras, se abrieron los sepulcros. » ¡Jesus espiró! palabra que encierra los misterios mas profundos de la Bondad Divina y el exceso mas abominable de la malicia humana... Si la mera consideracion de este suceso hace experimentar dolorosos sentimientos al corazón que conserva todavía algun rayo, aunque sea débil, de la fe, ¿cuáles serán los que se prueban en el sitio mismo donde se oyó aquel grito doloroso y penetrante, sobre la tierra conmovida y abismada en pena, confusion y llanto, y entre las peñas abiertas por el gemido que daba la naturaleza toda? En esta capilla (1) se ve, cerca del agujero donde dicen

(1) La poseen hoy los Griegos.

los Griegos que fué plantada la cruz, una hendidura larga y profunda que abre la roca hasta la extremidad del Calvario. El Evangelio refiere que al espirar Jesucristo, *las piedras se rasgaron*; y naturalmente este prodigio debió sentirse en el Gólgota con mas fuerza que en ningun otro lugar, y la abertura que hoy miramos es indudablemente una de aquellas. En este mismo sentido hablan los viajeros protestantes mas juiciosos, especialmente Millar, Maundrell, Fleming y Schubert. Mislin cita el siguiente pasaje de Addison, que nosotros copiamos á la letra.

«Un gentilhomme inglés, muy estimable, que habia viajado por la Palestina, me aseguró que su compañero de viaje, deísta de talento, trataba de ridiculizar las relaciones que les hacian los sacerdotes católicos acerca de los Lugares santos. Con tales ideas fué á visitar las hendiduras de la roca que muestran en el monte Calvario, como el efecto del temblor de tierra sucedido despues de la muerte de Jesucristo, y que se ve hoy encerrada en la vasta cúpula construida por el emperador Constantino. Pero cuando examinó aquellas aberturas con la exactitud y la atencion de un naturalista, dijo á su amigo: *Comienzo á ser cristiano*. Hago, continuó, un largo estudio de la física y de las matemáticas, y estoy seguro que las roturas de la roca no han sido producidas por un terremoto ordinario y natural. Á la verdad, tal sacudimiento hubiese separado las diversas capas de que está compuesta la masa; pero hubiera sido siguiendo las venas que las distinguen, y rompiendo su ligazon por los sitios mas débiles. He observado que así sucede en las rocas que han levantado los temblores de tierra, y nada nos enseña la razon que no esté conforme con ello. Aquí es muy diferente: la roca está dividida transversalmente, la rotura cruza las venas de una manera extraña y sobrenatural. Veo pues clara y demostrativamente que es el puro efecto de un milagro, que no podian producir ni el arte ni la naturaleza. Por esto, añadí, doy gracias á Dios por haberme conducido aquí para

contemplar este monumento de su poder maravilloso, monumento que pone tan á las claras la divinidad de Jesucristo.»

Para mí hay otro testimonio todavía, que vale tanto como el que mas. Tres siglos despues de rotas esas piedras á la voz espirante del Hijo de Dios, un obispo las mostraba al pueblo de Jerusalem, diciéndole: «Si quisiera yo negar que fué crucificado Jesucristo, esta montaña del Gólgota en que nos encontramos reunidos me lo probaria (1).»

Las capillas del Calvario están cubiertas de mármol, y adornadas con infinitas lámparas de oro, plata y otros metales preciosos colgadas por la devoción de diversos príncipes cristianos. La hendidura de que hemos hecho mencion es lo único que permanece descubierto y visible para cuantos quieren estudiarla detenidamente. En el Calvario mismo se nos ofrecen pruebas de las supercherías de los Griegos: el agujero que estos muestran hecho por la cruz del Salvador, no es el mismo que existió ántes. Despues del incendio de 1808, ellos removieron el pavimento del Calvario, y sacaron la gran piedra que veneró la fe de los cristianos durante diez y ocho siglos, que regó con lágrimas el fervor y la piedad de mil generaciones, y á la que arrimaron sus espadas cien legiones de cruzados ántes de ir á postrarse al pié del Santo Sepulcro. Poniendo otra en su lugar, mandaron aquella á Constantinopla: Dios maldijo este sacrílego atentado; el buque que la conducia naufragó en las costas de Siria, y con él los dos popes que la custodiaban (2).

Segun la tradicion, Jesus crucificado tenia su frente al Occidente y Jerusalem á sus espaldas. Dos piedras redondas indican el lugar donde fueron colocadas las cruces de los malhechores. Segun estas, las tres cruces no estuvieron formando una línea recta, sino mas bien un triángulo, en el que Jesucristo podia mirar á los dos ladrones.

(1) *Catech. Commun.*, 13. (Cyrill. Hierosolym.)

(2) Véase á M. Eug. Boré.

Bajando del Calvario, el primer objeto que se divisa es la piedra de la Uncion, sobre la que el cuerpo del Salvador fué embalsamado con mirra y aloe por José de Arimathea y Nicodémus ántes de darle sepultura. Esta piedra mide ocho piés de largo y dos de ancho, y se levanta algunas pulgadas sobre la superficie del pavimento. Como la devocion imprudente de algunos peregrinos la deterioraba, fué cubierta con una gran tabla de mármol rojo con adornos de metal en sus cantos. Diez lámparas arden sobre ella constantemente, y en su rededor están colocados algunos enormes candelabros que sostienen cirios tan elevados como no he visto jamas otros iguales. La procesion se detiene aquí algunos instantes, y el alma se siente conmovida por esa esperanza celestial que la inunda oyendo: «¿Qué se hizo, ¡oh muerte! tu victoria? decidnos ¿dónde ha ido á ocultarse tu poder (1)?» La muerte no responde, porque ha sido vencida y encadenada por Cristo... Los cánticos de la Iglesia inspiran desde este momento intenso regocijo, los pasos del peregrino se dirigen al centro de la basilica, y sus ojos van á descansar en el Santo Sepulcro. El monumento que encierra este se encuentra en el centro de la cúpula; su forma es la de una capilla separada del resto del templo, construida con mármol blanco y amarillo, y que mide exteriormente veinte y nueve piés de largo y diez y ocho y medio de ancho. Despues de subido un pequeño vestibulo se entra en el atrio del Santo Sepulcro llamado *Capilla del Ángel*. Una piedra que se ve en su centro indica el lugar desde donde el Espíritu celestial, despues de haber removido la que cubria

(1) Ubi tua, mors, est palma?
Tuus ubi stimulus?
Mors absorpta vita jacet,
Cur Satan erigeris?
Tolle portas, Rex virtute
Suâ Christus advenit.

(*Manuale.*)

la entrada del sepulcro, sentado sobre ella dijo á las mujeres: «No temais: sé que buscais á Jesus, el que fué crucificado; no está aquí, resucitó; venid y ved el lugar donde » habia sido puesto.» La capilla del Ángel brilla constantemente con la claridad de innumerables lámparas, cuya luz recibe por una pequeña puerta; penetrando esta se ha llegado al lugar de inefable gozo, al Santo Sepulcro de Jesus: la capilla que lo encierra mide apénas dos metros; el lado derecho lo ocupa el Sepulcro, y en el izquierdo podrán arrodillarse á un tiempo apénas cuatro personas. Toda ella está adornada con lámparas de oro y plata, con pinturas de maestros célebres que representan el misterio de la Resurreccion, y con otros infinitos adornos. Las flores y los perfumes, que se renuevan sin cesar, la llenan de fragancia deliciosa; pero nada es comparable á la satisfaccion que goza el alma que postrada delante del Sepulcro puede decir como Jacob: «Anduve peregrinando, hasta que he llegado al lugar de mi Señor.»

Dejado el Sepulcro, la procesion se detiene en el lugar donde María Magdalena lloraba la muerte de Jesus. «¿Por qué lloras, mujer? le dijeron los ángeles. — Porque quitaron, respondió ella, el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. — Diciendo esto aun, volvió el rostro, y vió á Jesus, pero sin conocerle.... María, le dijo Él...; á cuya voz la feliz arrepentida, corriendo hácia Él: ¡*Rabboni!* (Maestro) exclamó.» Una gran piedra de mármol incrustada en el suelo señala este lugar, que pertenece á los Latinos. La procesion vuelve á entrar en la capilla del Sacramento de donde salió, y cada uno de los peregrinos conserva el cirio que llevó en su mano durante la imponente y tierna ceremonia. Cuando despues de surcar las ondas de los mares y atravesar millares de leguas, el viajero fije su vista en ese cirio, ¡oh, qué sentimientos tan tiernos y penetrantes ha de recordarle! Las bóvedas del santuario resuenan en fin con el canto sublime del *Regina cœli*, y el alma, llena de ine-

fable gozo, alcanza á comprender cuál sentiria en aquel lugar la mas pura y amante de las madres.

Apénas ha concluido la visita de los santuarios, que dura cerca de dos horas, cuando los guardianes turcos hacen una señal, que indica va á cerrarse la puerta del templo: los peregrinos salen; mas yo quedé allí. Al dejar el seno de la patria pedí alas como de paloma para alejarme huyendo; estaba en la soledad y quise descansar. Un pequeño convento subterráneo donde no entra casi jamas la luz del sol, encierra doce cenobitas, cuyo oficio es velar constantemente sobre el Sepulcro del Salvador: me retiré á vivir como estos en una pequeña celda, cuyas ventanas daban á la nave principal de la basílica. Allí el sonido de la campana nos juntaba en el coro á média noche, y en el Santo Sepulcro ántes que amaneciese el dia. ¡Qué horas todas estas tan llenas de impresiones! El silencio profundo, el resplandor perenne que sale del Sepulcro iluminado con infinitas lámparas, la confusa claridad que reina en el resto de las naves, las lamparitas solitarias que arden en el fondo de los santuarios arrojando sobre sus alrededores una luz vaga é incierta, y en medio de este conjunto de objetos que producen un todo indescribible, el sonido grave del órgano que acompaña el canto de Maitines, y la pausa de la salmodia en que Israel y Jerusalem son nombrados á cada paso, llevan la imaginacion á los profetas, de cuyo pensamiento inspirado salieron los cánticos y los salmos. El alma cree verlos, y que ellos son los que reunidos sobre las ruinas de Jerusalem cantan la Justicia eterna, que cumplió sus amenazas sobre un pueblo incrédulo é insensato.

Durante los Maitines, yo ví atravesar por las sombrías naves de la basílica tres figuras misteriosas, vestidas con dalmáticas orientales, que caían sobre un ropaje albo como la nieve; una larga cabellera cubria los hombros de las dos primeras, cuya barba llegaba á la cintura; la última era de un Etiópe, y tenia sus piés descalzos: todos traían incensa-

rios en sus manos, y de estos pendian muchas campanillas. Al principio el humo del incienso me los dejaba ver solo confusamente, y cual si fuesen fantasmas que vagasen por el templo en un círculo de nubes. Fueron acercándose poco á poco en tiempos diferentes, y entrando en el coro de los monjes se arrodillaron, incensaron los santuarios de la capilla, y haciendo profundas inclinaciones volvieron á desaparecer, del mismo modo que el humo de sus incensarios desvanecido al traves de las columnas. Eran los diáconos de las comuniones disidentes de Griegos, Coptos y Armenios, que recorren los Lugares santos á la média noche, y honran con el humo del incienso la Divinidad que allí deshonraron los Judíos. Los oficios de los Latinos concluyen á las dos de la mañana, y yo despues de ellos experimentaba un verdadero placer al atravesar solo las naves oscuras del templo solitario. ¡Cuántas generaciones las anduvieron ántes que yo! ¡Cuántos hombres de todos los pueblos de la tierra vinieron á hincar su frente en este mismo suelo desde que Jesucristo lo consagró, eligiéndolo para colocar el altar de su sacrificio! Este mismo Jesucristo, los sucesos de su dolorosa Pasion, sus agonías y su muerte, ¡con qué viveza hieren la imaginacion! En el monte Calvario encontré varias veces católicos orientales que lloraban; ellos buscaron sin duda, como yo, el silencio de la média noche para engolfarse en sus meditaciones. En el Calvario sus lágrimas eran dulces, pues nacia de amor y reconocimiento, y se derramaban donde Jesus virtió su sangre para consolarnos. En el Santo Sepulcro fueron siempre á concluir mis estaciones: allí el alma encuentra nuevos motivos de alegría; esa piedra caída le señala abierta la sepultura de su Dios, en ella quedaron abismadas la muerte, la miseria y la culpa; la gracia, la vida y la inocencia resucitaron con Cristo. Si el alma se enternece por la abundancia del mismo gozo, si el corazon sensible se deshace en llanto, la voz del Ángel le dice desde la peña: « No llores; Jesus resucitó, y está con-

tigo. » Diez veces he hecho esta visita solitaria, y ni una sola he dejado de sentir las mismas impresiones.

Los sacerdotes de las diversas sectas que guardan el Santo Sepulcro, celebran tambien sus oficios despues que los Latinos; pero sus ritos distan mucho de la majestad grandiosa que se percibe en las ceremonias del culto católico. Ninguna de ellas usa el órgano, que solo es peculiar de la Iglesia occidental; los Griegos en su lugar tienen tímpanos, y los Armenios una especie de pandero. El oficio de los Griegos principia con el dia, y tres popes cantan con precipitacion salmos alternados con innumerables *Kyries*, oraciones y lecciones. Dos de ellos entran al Santo Sepulcro, y celebran la misa, que oficia el otro desde fuera. El canto de los Griegos es desagradable, y en los ministros he observado descompostura y falta de dignidad. Los Armenios siguen el rito siro-armenio, y celebran sus oficios cotidianos en una capilla que poseen en el templo: jamas los ví officiar solemnemente en el Santo Sepulcro. Los Coftos poseen un pequeño oratorio, formado á la espalda del monumento, y que lo imperfecciona visto de lado; en él celebran cada dia, y entre todos los disidentes del catolicismo que rodean el Sepulcro de Jesucristo, estos pobres Etiopes son los mas recogidos, devotos y puntuales para sus ceremonias. Cuando todas las comuniones offician á un mismo tiempo en sus lugares respectivos, cuando desde lo alto de la basilica, donde funcionan los monjes armenios, hasta lo mas profundo, que resuena con las voces del pope griego, cuando el templo todo se llena con el humo de los incensarios de tantos sacerdotes de ritos y naciones diferentes; entónces bajo sus bóvedas se escuchan á un tiempo las armoniosas entonaciones del Latino, la voz triste y desentonada de los Griegos, las preces del monje armenio, aquella especie de quejido del religioso cofto y los tímpanos abisinios. El órgano católico domina entónces mismo majestuosamente sobre tantas ceremonias y voces, y arrebatá la atencion de los peregrinos orientales,

que dejan la capilla de su comunion para correr al lugar de donde salen aquellas armonías admirables. Los domingos particularmente necesitan los popes armenios y griegos ir repetidas veces á la capilla de los Latinos, para sacar de ella á sus creyentes, que contemplan extasiados la majestad de los ritos y el acento sublime de los cánticos sagrados. He visto á los Armenios, Griegos y Abisinios disidentes entrar de tropel en la capilla católica á la hora en que se cantaban las Completas, y permanecer atónitos de rodillas, hasta que sus popes vinieron á llamarlos, y volver luego que les dejaron libres, aun cuando les decian que *pecaban* concurriendo allí.

El coro de los Griegos se encuentra frente á frente del Santo Sepulcro, está decorado profusamente con relieves, molduras, dorados y pinturas; los dones del zar ocupan en su altar, que llaman *Santo de los Santos*, el primer lugar, y al señalarlos á los viajeros cuidan de advertirles que « fueron entregados por la mano misma del autócrata al pope que en su nombre los condujo hasta Jerusalem. » Pero esta magnificencia ningun efecto produce en el alma que no vino á la ciudad santa para contemplar dorados, ni soberbios relieves, sino á meditar su destino sobre la tumba de Jesucristo. Yo ví al patriarca Cirilo celebrando de pontifical, vestido de seda, sobre un trono elevado, acompañado de tres obispos y de muchos protopopes y archimandritas. ¿No fué aquí mismo, me pregunté, donde Jesucristo nos enseñó prácticamente á despreciar ese boato?

Cuando visité esta capilla con un pope que me hacia observar atentamente su magnificencia, le pregunté qué significaba un círculo que se ve en medio del coro y un punto en su centro que llama la atencion de todos. « Este es, me dijo, el centro de la tierra, y en ese punto se parará el Ángel, cuando llame á los muertos al juicio de Dios. » Nada me admiran, despues de esto, las historias que cuentan los monjes griegos á sus peregrinos sobre cada piedra y sobre cada palmo de terreno de sus santuarios.

Diez dias despues de mi entrada dejé el convento del Santo Sepulcro; á mi salida habria querido visitar las tumbas de los reyes cristianos: la de aquel Godofre de Bullon, terror de los mahometanos, que desafió mil veces la muerte en cien batallas, que conquistó la ciudad santa, y proclamó á Jesucristo por rey único de Jerusalem, rehusando coronar con oro su cabeza donde el Salvador del mundo la tuvo martirizada con espinas, y la de Balduino, su hermano, terror de los enemigos de la Cruz. Mas en vano hubiera preguntado por ellas: los Griegos, al reedificar la iglesia, no solamente descuidaron estos preciosos monumentos, que respetaron las devastaciones de los soldados y la voracidad del fuego, sino que los arrasaron; y hasta sus epitafios, que el viajero no podia leer sin sentirse conmovido, hicieron borrar con cal. Estos monumentos pertenecian á los Latinos, y sus inscripciones, que contaban ocho siglos, eran título imprescriptible de sus derechos á los Lugares santos. Ved ahí el único motivo de un acto tan injusto, de una violacion tan sacrilega. El grito unánime de los que hacen justicia á los héroes cristianos se alza para condenar la conducta de los ingratos que arrasaron las tumbas de los guerreros invencibles que conquistaron Jerusalem. La espada y espuelas de Godofre, que conservan los PP. de la Tierra Santa, y sirven para armar los caballeros del Santo Sepulcro, es cuanto queda del primer conquistador y rey de Jerusalem.



CAPÍTULO XVI.

Ocupacion de los sacerdotes disidentes en Jerusalem. — Sus hospicios. — Afluencia de peregrinos. — ¿Qué hacen estos? — Explotaciones sacrilegas. — Medida del autócrata. — Proclamas de los popes. — Profanacion de los santos Lugares. — El fuego sagrado. — Mision protestante. — El obispo anglo-prusiano. — Cuestiones que suscitó en el clero anglicano su institucion y su propaganda. — Misioneros entre los Arabes. — Ocupacion del obispo. — El hospital de Bethanias. — Escuela anglo-prusiana. — Viajeros instruidos por M. Gobat.

El sacerdote cristiano tiene una mision particular que llenar en cualquiera punto de la tierra que se encuentre, y no es la de adquirir bienes perecederos, ni la de conquistarse puestos elevados: ganar para sí y para los demas la posesion de la patria eterna, subir al trono que nos promete la fe; vedla ahí toda. La experiencia nos demuestra que separado el sacerdote de su centro de accion, su virtud se agota, su espíritu se debilita, su palabra deja de ser poderosa, y sus obras sin eficacia para aquella empresa. Los popes y los monjes orientales nos ofrecen este triste ejemplo, de un modo tan concluyente que jamas podrá ponerse en duda la verdad de este juicio, que no es por cierto mera conjetura. Sensible nos es tocar de nuevo á estos hombres que son religiosos y sacerdotes, aunque separados de la Iglesia, cuya voz no obedecen, cuyo poder desconocen, y cuya doctrina alteran; pero el deber que impone la causa del género humano, la gran causa de la verdad religiosa, que á todos interesa sin excepcion, me obliga á descender á hechos que, aun